

Andrés Cegarra Salcedo

1894 - 1928

EL ALAMO Y EL ESPARTO

(DOS PROSAS BREVES)

Creemos que Andrés Cegarra tiene una bella expresión en su obra dolorida y emocionada. Muerto a los treinta y tres años, y cumpliéndose veinticinco años desde su muerte, MONTEAGUDO quiere tomar parte en la memoria de un escritor de su tierra.

En lugar de escribir sobre él, que sea su propia voz la que aliente en estas páginas de recuerdo.

EL ALAMO

HE visto una casita rural con un pozo junto a la puerta, y al lado del pozo, un gracioso álamo que tiene el tronco lleno de arabescos y las hojas de color de plata con polvo; un álamo legítimo, no cabe duda. Y como la casa está en lo alto, en la tierra seca, y el agua del pozo es amarga, el dueño de todo tiene amarrado a su álamo al modo de un perro Labrador: es que pasa el río cerca, un poco más a lo hondo, con su agua dulce y renovada, tan alegre y tan fresca. Pienso que si el dueño de todo suelta a su álamo, el gracioso árbol se marchará hasta el río como un libertado perrito Labrador.



EL ESPARTO

ESTA fibra de esparto, seca, rígida, esa fea fibra de esparto, ¡cómo se agarrá a la peñota, a la entraña de granito del galayo! En la suma altura el galayo orgulloso se levanta con audacia inmóvil. Y en todo su corpachón milenario y durísimo, sólo ha podido ese esparto hincar el largo, fino diente de su raíz. Medrados jugos los que da la piedra, y así ha nacido ese vegetal ahilado, tenso y punzante como la hipertrofia de una espina. Mas ¡qué maravillosa cuerda de arpa esa espina hipertrofiada, allá arriba, en el seno de la orgía de los vientos! El viento del norte, el de tierra, el del páramo, el viento del ocre y de los caminos, el viento febril en estío y glacial en invierno, el viento de la sequía y del polvo, el viento sucio, hace llorar al esparto, de calor, de frío, de asco, de sed. El viento del sur, el del mar, el viento mediterráneo, el viento del agua y del azul, siempre tibio como una respiración humana, el viento que trae la dulce niebla y el regalo de la salina humedad, el viento sano y limpio hace cantar el esparto forzosamente de bienestar y de alegría. La cabezota pétrea del galayo no comprende lo que dice esa humilde voz, y se empeña en tapar al esparto la bella visión marina. Y no piensa el coloso en que la fina raíz le va mordiendo lentamente el dorso de granito, hasta quebrarlo en un fracaso de alud.

¡Al fin ladera abajo con estruendo de trueno los cien pedazos de la cumbre! El esparto quedará arriba, frente al mar, cantando la canción del aire tibio, húmedo y salino, cantando dulcemente, como una cuerda de arpa, sin saber lo que ha hecho...

